

Temas: La novela gótica. Fragmento de *El fantasma de Canterville*.

La novela gótica.

Hacia fines del siglo XVIII, los artistas europeos comenzaron nuevas búsquedas estéticas para liberarse de la opresión del pensamiento del Iluminismo. En ese tiempo, surgió en Inglaterra un género literario nuevo: la novela gótica. Esta narrativa potenciaba los temores y fantasías irracionales que la ciencia y la filosofía rechazaban.

En las historias narradas en las novelas góticas, lo inexplicable o sobrenatural hace su aparición en paisajes solitarios y sombríos, en antiguos castillos o monasterios alejados de la seguridad del mundo urbano.

Los personajes de las novelas góticas constituyen representaciones del bien y del mal. Los representantes del bien suelen ser extranjeros desprevenidos o inocentes doncellas, acosados por los mensajeros del mal: fantasmas, hombres lobos, monstruos o vampiros.

Actividades

- 1- ¿Qué son las novelas góticas? ¿Cuándo y dónde surgen?
- 2- ¿Cómo es el ambiente en estas novelas?
- 3- ¿Qué clase de personajes aparecen en las novelas góticas?
- 4- Leer el siguiente capítulo de *El fantasma de Canterville* y responder:
 - a. Describir a la familia Otis.
 - b. ¿Cómo es el fantasma? (descripción física y psicológica)
 - c. ¿Cómo es el lugar donde ocurre la historia?
 - d. ¿Qué hechos sobrenaturales ocurren?
 - e. ¿Cómo reacciona la familia ante la presencia del fantasma? ¿Qué piensa el fantasma de esto?
 - f. ¿Qué características de la novela gótica están presentes en el fragmento leído?

El fantasma de Canterville (capítulo II)

La tempestad se desencadenó durante toda la noche, pero no produjo nada extraordinario.

Al día siguiente, por la mañana, cuando bajaron a almorzar, encontraron de nuevo la terrible mancha sobre el entarimado.

-No creo -dijo Washington-, que tenga la culpa el limpiador *Paragon*; lo he ensayado sobre toda clase de manchas. Debe ser cosa del fantasma.

En consecuencia, borró la mancha, después de frotar un poco, pero al otro día, por la mañana, había reaparecido. A la tercera mañana volvió a estar allí, y, sin embargo, la biblioteca permaneció cerrada la noche anterior, llevándose arriba la llave la señora Otis.

Desde entonces la familia empezó a interesarse por aquello. Míster Otis se hallaba a punto de creer que había estado demasiado dogmático negando la existencia de los fantasmas.

La señora Otis expresó su intención de afiliarse a la Sociedad Psíquica, y Washington preparó una larga carta a Myers y Podmore¹ basado en la persistencia de las manchas de sangre cuando provienen de un crimen. Aquella noche disipó todas las dudas sobre la existencia objetiva de los fantasmas.

La familia había aprovechado la frescura de la tarde para dar un paseo en coche. Regresaron a las nueve, tomando una ligera cena. La conversación no recayó ni un momento sobre los fantasmas, de manera que faltaban hasta las condiciones más elementales de *espera* y de *receptibilidad* que preceden tan a menudo a los fenómenos psíquicos.

¹ Autores de los *Phantoms of the Living*. Obra que trata sobre la telepatía y las alucinaciones telepáticas.

Los asuntos que discutieron, por lo que luego he sabido por la señora Otis, fueron simplemente los habituales en la conversación de los americanos cultos que pertenecen a las clases elevadas, como, por ejemplo, la inmensa superioridad de miss Fanny Davenport sobre Sarah Bernhardt, como actriz; la dificultad para encontrar maíz verde y galletas de trigo sarraceno, aun en las mejores casas inglesas, la importancia de Boston en el desenvolvimiento del alma universal; las ventajas del sistema que consiste en anotar los equipajes de los viajeros y la dulzura del acento neoyorquino, comparado con el de Londres. No se trató para nada de lo sobrenatural, no se hizo ni la menor alusión indirecta a sir Simón de Canterville.

A las once la familia se retiró, y a las once y media estaban apagadas todas las luces.

Poco después, míster Otis se despertó con un ruido singular en el corredor, fuera de su habitación. Parecía un 'ruido de hierros viejos, y se acercaba cada vez más.

Se levantó en el acto, encendió una luz y miró la hora. Era la una en punto. Míster Otis estaba perfectamente 'tranquilo. Se tomó el pulso y no lo encontró nada alterado.

El ruido extraño continuaba, al mismo tiempo que se oía claramente el sonar de unos pasos. Míster Otis se puso las zapatillas, cogió una aceitera alargada de su tocador y abrió la puerta, y vio frente a él, en el pálido claro de luna, a un viejo de aspecto terrible.

Sus ojos parecían carbones encendidos. Una larga cabellera gris caía en mechones revueltos sobre sus hombros. Sus ropas, de corte anticuado, estaban manchadas y en jirones. De sus muñecas y de sus tobillos colgaban unas pesadas cadenas y unos grilletes herrumbrosos.

-Mi distinguido señor -dijo míster Otis-, permítame que le ruegue vivamente que engrase esas cadenas. Le he traído para ello el engrasador Tammany *Sol Naciente*. Dicen que es eficacísimo, y que basta una sola aplicación. En la etiqueta hay varios certificados de nuestros adivinos más ilustres que dan fe de ello. Voy a dejársela aquí, al lado de las velas, y tendré un verdadero placer en proporcionarle más, si así lo desea.

Dicho lo cual, el ministro de los Estados Unidos dejó la aceitera sobre una mesa de mármol, cerró la puerta y se volvió a meter en la cama.

El fantasma de Canterville permaneció algunos minutos inmóvil de indignación.

Después tiró, lleno de rabia, la aceitera contra el suelo encerado y huyó por el corredor, lanzando gruñidos cavernosos y despidiendo una extraña luz verde.

Sin embargo, cuando llegaba a la gran escalera de roble, se abrió de repente una puerta. Aparecieron dos siluetas infantiles, vestidas de blanco, y una voluminosa almohada le rozó la cabeza. Evidentemente, no había tiempo que perder, así es que, utilizando como medio de fuga la cuarta dimensión del espacio, se desvaneció a través del estuco, y la casa, de nuevo, recobró su tranquilidad.

Llegado a un cuartito secreto del ala izquierda, se adosó a un rayo de luna para tomar aliento y se puso a reflexionar para darse cuenta de su situación. Jamás en toda su brillante carrera, que duraba ya trescientos años, fue injuriado tan groseramente.

Se acordó de la duquesa viuda, en quien provocó una crisis de terror, cuando estaba mirándose en el espejo, cubierta de brillantes y de encajes; de las cuatro doncellas a quienes había enloquecido, produciéndoles convulsiones histéricas sólo con hacerles visajes entre las cortinas de una de las habitaciones destinadas a invitados; del rector de la parroquia, cuya vela apagó de un soplo cuando volvía el buen señor de la biblioteca a una hora avanzada; de la vieja señora de Tremouillac, que, al despertarse al amanecer y descubrir un esqueleto sentado en un sillón, entretenido en leer su diario, tuvo que guardar cama durante seis meses, víctima de un ataque cerebral. Recordó también la noche terrible en que el bribón de lord Canterville fue hallado ahogándose en su vestidor, con una sota de espadas hundida en la garganta, viéndose obligado a confesar antes de morir que por medio de aquella carta había timado la suma de cincuenta mil libras a Jaime Fox, en casa de Grookford. Y juró que aquella carta se la hizo tragar el fantasma.

Todas sus grandes hazañas le volvían a la memoria.

¡Y todo para que unos miserables americanos le ofreciesen el engrasador marca *Sol Naciente* y le tirasen almohadas a la cabeza! Era realmente intolerable. Además, la historia nos enseña que jamás fue tratado ningún fantasma de manera semejante. Llegó a la conclusión de que era preciso tomarse la revancha y permaneció hasta el amanecer en actitud de profunda meditación.